

LAS UNIVERSIDADES DE MÉXICO Y LA CULTURA DE LA PREVENCIÓN DE LOS DESASTRES NATURALES

Jorge Gamaliel Arenas Basurto

Profesor-investigador de la Universidad de las Américas, Puebla (UDLAP)

jorge.arenas@udlap.mx

Quizá como ninguna la frase de Karl Marx: “La historia se repite dos veces: la primera como tragedia, la segunda como farsa”, pueda describir puntualmente la irónica experiencia del intenso sismo que sacudió a México este pasado 19 de septiembre, en la misma fecha del aniversario del terremoto que devastó en 1985 a la capital del país, con un saldo aún indeterminado de víctimas.

“ En este último sismo las alarmas no se activaron segundos antes, impidiendo así la evacuación ordenada de los edificios ”

La mañana de ese día la mayoría de las escuelas públicas y privadas, las oficinas y las dependencias de gobierno, terminaban de ensayar los protocolos de seguridad para evacuar y salvar vidas en caso de terremotos como el de 1985, cuando al filo de las 13:14 horas acaecía este otro sismo que exhibía de forma inusitada la *farsa* de muchas medidas preventivas: la aplicación estricta de los reglamentos para los estándares de construcción, las notables falencias en la cultura de la prevención para este tipo de siniestros, las fallas en las alarmas sísmicas para varias regiones tectónicas del país aún vulnerables. En este último sismo las alarmas no se activaron segundos antes, impidiendo así la evacuación ordenada de los edificios. La incredulidad de muchos de los que participaron en

los ensayos previos dio paso a escenas de pánico; la intensidad y la aceleración del sismo provocaron que se colapsaran las estructuras de varias escuelas, cobrando las vidas de muchos estudiantes y profesores.

Como 32 años atrás, la combinación de circunstancias desafortunadas y la complicidad o negligencia en la aplicación de las normas de calidad para las estructuras de las escuelas públicas y privadas, provocaron el colapso de edificios y la pérdida de vidas humanas. No es ninguna sorpresa afirmar que gran parte del territorio mexicano se asienta en zonas altamente sísmicas y que si tembló dos veces en este septiembre negro (el primer temblor fue el 7 de septiembre, aún más fuerte, pero con menos impactos), lo más probable es que seguirá ocurriendo. Así como en las maldiciones bíblicas los males vienen en cascada, México padeció también en septiembre la furia de huracanes que asolaron a estados como Chiapas.

Ante estos fenómenos naturales recurrentes, ¿cuál ha sido su impacto en las actividades normales de las instituciones de educación superior? ¿Qué acciones o medidas han adoptado las universidades como respuesta a las catástrofes descritas? ¿Qué papel juegan o debieran jugar las máximas casas de estudio en la integración de equipos interdisciplinarios profesionales para construir, en colaboración con las autoridades, la infraestructura apropiada para estos siniestros? Finalmente, ¿cómo pueden colaborar las universidades en la necesaria cul-

tura de la prevención de desastres que adolece de muchas fallas en México? Este breve artículo responde a las interrogantes en tres secciones: lo “bueno”, lo “malo” y “lo feo” de los efectos de las catástrofes en las instituciones de educación superior.

Lo bueno

El impacto de los sismos y de los huracanes se dejó sentir básicamente en seis entidades federativas de México: Chiapas, Oaxaca, Puebla (sur y suroeste del territorio), Tlaxcala, Morelos y Ciudad de México (zona centro). Hacia todos estos estados empezó a fluir a los pocos días una gran cantidad de recursos, víveres, medicinas y material de ayuda provenientes, en considerable medida, de centros de abasto coordinados por las universidades públicas y privadas de diferentes zonas del país, no solo las afectadas directamente por los fenómenos. Mientras algunas universidades se convirtieron en sitios de recolección de víveres y suministros para los damnificados, los estudiantes y profesores de varios departamentos y carreras (medicina, ingeniería, veterinaria, ciencias sociales, etc.) constituyeron brigadas de auxilio y servicios que se trasladaron directamente a las regiones siniestradas. La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Instituto Politécnico Nacional (IPN), la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), entre muchas otras, han constituido importantes enclaves para el apoyo de los damnificados. Como ejemplo, el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM-UNAM), en Morelos, uno de los estados más fustigados, ha estado presente en municipios azotados por el terremoto.

“ Los sismos y huracanes acaecidos en varias entidades federativas de México han traído al primer plano la discusión sobre su impacto en las actividades de las universidades y la forma en que estas han colaborado con sus funciones a la tarea de reconstrucción de las sociedades afectadas ”

Además de la solidaridad espontánea de las universidades, es importante mencionar que también han contribuido con investigación científica aplicada, como el caso del equipo de investigadores de la UAM que promovió estudios pioneros para la creación de sensores y alarmas sísmicas a lo largo de la costa del Pacífico, tras el terremoto de 1985. De igual modo, el IPN, además de otras instituciones y centros de investigación públicos y privados, ha firmado convenios de colaboración con el gobierno de la capital del país para la reconstrucción y el futuro de la Ciudad de México. Las autoridades capitalinas se han apoyado en los estudios de los expertos en ingeniería y áreas afines de la UNAM para el nuevo reglamento de construcciones vigente en la capital. No es el espacio para describir la indolencia y corrupción de autoridades de diversos niveles y de los “directores responsables de obras”, ajenos a estas instituciones, para aplicar con rigor los reglamentos mencionados.

Lo malo

Por la naturaleza de sus actividades y la concentración de estudiantes, profesores, personal y autoridades en sus diversos establecimientos y *campus*, las universidades son altamente vulnerables a las catástrofes referidas con la consecuente interrupción de sus actividades, o en el peor de los casos con las pérdidas humanas y heridos a consecuencia de los derrumbes. Desgraciadamente, esto aconteció en las instalaciones del Tecnológico de Monterrey, el TEC *campus* Ciudad de México, severamente afectado por el sismo. El derrumbe de dos puentes que conectaban sus edificios provocó la muerte de 5 estudiantes y varias decenas de heridos. Esta universidad privada fundada en 1943 es uno de los principales referentes en el sector de élite de las universidades del país, tiene además una fuerte tradición en la formación de cuadros del sector empresarial, y cuenta con la presencia de empresarios distinguidos en su comité directivo. Los serios daños ocasionados por el temblor condujeron a la inmediata suspensión de sus actividades y clases para los poco más de 8 mil estudiantes y más de mil profesores que integran este *campus* en la capital.

Alrededor de los trágicos hechos que afectaron a esta universidad privada han aflorado temas polémicos. Se menciona el hermetismo de las autoridades para ofrecer más información sobre las causas estructurales del colapso de los puentes y probable negligencia de autoridades internas advertidas ya sobre sus deficiencias. Aún más, en el sismo anterior del 7 de septiembre ya se tenían evidencias de las afectaciones de los edificios y al parecer las advertencias fueron desestimadas. Además de las demandas de los reclamos de los padres de los estudiantes fallecidos, algunos sectores se quejan de las alternativas planteadas por las autoridades para resolver el problema de las instalaciones afectadas. Se pretendía que los estudiantes culminasen el periodo escolar mediante cursos por Internet. ¿Hasta qué punto los reclamos afectan la imagen de esta institución y cuestionan la imparcialidad del gobierno para aplicar la ley cuando otra escuela colapsada en la misma demarcación, en la que fallecieron 26 estudiantes de educación básica y 7 profesores, fue clausurada y sus autoridades enfrentan ya responsabilidad penal?

Lo feo

Los sismos de septiembre que destruyeron más de 150 mil casas implicarán el desvío de cuantiosos recursos para las labores de reconstrucción del gobierno federal, a la sazón la principal fuente de recursos de las universidades públicas. Ya que sigue creciendo la brecha entre las necesidades de las universidades y los recursos fiscales disponibles para su mantenimiento, el 2018 no será en absoluto prometedor para las finanzas de las universidades. De igual modo, será un año de elecciones presidenciales y se asume que muchos recursos de la actual administración federal priista se canalizarán a la campaña de su candidato a la presidencia. Por lo anterior, es probable que sigan creciendo las crónicas deficiencias de recursos que experimentan las universidades.

“ Ya que sigue creciendo la brecha entre las necesidades de las universidades y los recursos fiscales disponibles para su mantenimiento, el 2018 no será en absoluto prometedor ”

Conclusiones

Los sismos y huracanes acaecidos en varias entidades federativas de México han traído al primer plano la discusión sobre su impacto en las actividades de las universidades y la forma en que estas han colaborado con sus funciones a la tarea de reconstrucción de las sociedades afectadas. Las universidades públicas y privadas han mostrado su solidaridad en apoyo de la población dañada por los fenómenos naturales. En el más reciente sismo muchos estudiantes intervinieron directamente en las labores de rescate de las víctimas bajo los escombros. Además, las universidades han contribuido con sus investigaciones a tratar de prevenir la magnitud de los daños ocasionados por los temblores. Las propias universidades han experimentado los decesos de estudiantes y la suspensión de actividades como en el caso del Tec, *campus* Ciudad de México. A los daños materiales y pérdidas humanas de las instituciones, debe añadirse el desvío de recursos públicos para atender las prioridades de reconstrucción de las ciudades afectadas, que implica también una merma de los recursos que demandan las universidades para cubrir la ampliación de sus necesidades. Las universidades pueden y deben contribuir a mejorar la cultura de la prevención de los impactos de las catástrofes naturales, además de exigir la necesaria transparencia en la aplicación de las medidas y reglamentos que han estipulado para mejorar la seguridad de la infraestructura en las ciudades afectadas por estos fenómenos.